no de 42 años que en 1854 militaba en las filas de los liberales moderados y tenía el grado de teniente coronel en las milicias de su estado, desempeñaba el puesto de jefe de la aduana de Acapulco y Santa Anna lo había despedido acusándolo falsamente según parece, de malversión de fondos; en realidad Santa Anna pretendía instalar en la aduana a uno de sus incondicionales. Alvarez ya contaba con 65 años de edad y no podía combatir, por lo que la jefatura militar del movimiento recayó en Comonfort; la revuelta preocupó tanto a Santa Anna, que personalmente encabezó al ejército destinado a sofocarlo, Comonfort se encerró en Acapulco y resistió durante más de un mes el ataque. Santa Anna, al verse fracasado regresó a la capital, para declarar que los rebeldes habían sido destruídos prácticamente y dejó al General Félix Zuloaga al mando del ejército. Comonfort derrotó a Zuloaga y tanto éste como sus hombres se incorporaron a la rebelión; para mayo de 1855 se había trasladado a Michoacán, donde con ayuda del gobernador liberal Santos Degollado, Zuloaga con otros jefes, derrotó fulminantemente a los santanistas; luego pasó a Zapotlán Jalisco, que tomó tras un combate bastante duro, Colima se le rindió a fines de julio y marchó sobre Guadalajara cuando recibió noticias de que la guarnición de la capital se había adherido a la revuelta; a partir de entonces sus problemas fueron políticos básicamente; en San Luis Potosí el ultraconservador Antonio de Haro y Tamares habían proclamado su propio plan antisantanista y lo mismo hicieron en Nuevo León Santiago Vidaurri y en Guanajuato el cacique Manuel Doblado; tras una conferencia Doblado acabó sumándose al Plan de Ayutla, lo mismo hizo Haro y Tamares, quien renunció a sus pretensiones de que se incorporara al plan una modificación para ofrecer garantías a la propiedad y a los privilegios del clero y del ejército.

11.- LA REVOLUCION DE AYUTLA

Fundamentalmente el Plan de Ayutla solo propugnaba derrocar a Santa Anna para sustituirlo por un presidente provisional encargado de convocar a corto plazo un congreso constituyente; aunque Comonfort y Alvarez eran liberales conocidos, el plan carecía de una definición ideológica clara, al punto de que unos conservadores creyeran posible desviar el movimiento en su favor; los exiliados mexicanos de Nueva Orléans fueron víctimas de la misma confusión, desde 1854 habían recibido la invitación para adherirse al movimiento, pero por mucho tiempo no les pareció conveniente dar este paso.

Los demás exiliados de Nueva Orleáns creyeron conveniente sondear el movimiento de Ayutla y para representarlos ante Alvarez y Comonfort; eligieron a Benito Juárez; entre todos reunieron los pasajes de barco, para que Juárez se trasladase a Acapulco por la vía de Panamá; Santa Anna renunció a la presidencia el 11 de agosto de 1855 y se marchó del país, Juárez llevaba tres semanas de haberse incorporado a la revolución, pero ya se las había ingeniado para hacerse útil al movimiento y gozaba gran influencia ante Alvarez; después que los últimos santanistas abandonaron la capital, Alvarez se trasladó a Cuernavaca y asumió la presidencia interinamente. De acuerdo con el Plan de Ayutla, nombró su consejo con representantes de todos los estados; a Juárez le tocó representar su estado natal. Ocampo también viajó a Cuernavaca y Alvarez lo designó secretario de gobernación en el gabinete provisional. A Juárez le tocó la cartera de Justicia y a Comonfort la de Guerra; según parece, Ocampo le calentó la cabeza al viejo cacique, diciéndole que se encontraba ante la última oportunidad de pasar a la historia como gran benefactor de la patria. Para aprovechar esa oportunidad, bastaría con deshacerse de los moderados y privar al clero de su poder; sin fijarse en las consecuencias, Comonfort se desesperaba haciendo ver que ése no era el programa anunciado en el Plan de Ayutla y en buena medida logró contener al anciano cacique. Ocampo renunció a su secretaría enfurecido, al despedirse criticó a Juárez por permanecer en su puesto.

El 20 de noviembre de 1855, Alvarez entró a la capital de la república encabezando su ejército: los "pintos", que causaban horror a los capitalinos, pues hasta la banda de léperos se mofaban de los estrafalarios guerrerenses y los trataban con menosprecio; la gente decente formó un vacío en torno a Alvarez, el viejo cacique asistió a una función teatral y la gente decente se puso de acuerdo para faltar en masa a la representación. Comonfort mismo,se abstuvo de asistir, lo que constituía un velado reproche a Alvarez, por su acercamiento a los

puros; quizás con ánimo de venganza, el día 25, Alvarez ordenó a Juárez expedir una ley para limitar la jurisdicción de los tribunales eclesiásticos y militares; la medida fue interpretada como un claro presagio de la próxima abolición de los fueros y los conservadores empezaron a prepararse para la lucha. En Zacapoactla, Puebla, estalló una rebelión que Comonfort tuvo que dominar, Alvarez se vió envuelto en una maraña de intrigas y recriminaciones; pronto se reconoció incapaz de manejar la situación y el 11 de diciembre regresó con los pintos a la placidez de sus latifundios de la costa, tras haber renunciado a la presidencia interina en favor de Comonfort.

Comonfort nombró secretario de hacienda a Miguel Lerdo de Tejada, quien el 25 de junio decretó la desamortización de los bienes de las corporaciones eclesiásticas y civiles a los que se llamaba de manos muertas, (porque nunca o rara vez eran objeto de operaciones de compra-venta). Fundamentalmente la ley afectaba las propiedades de la Iglesia, quien incluía enormes haciendas y ranchos, la mitad de las casas y edificios de Puebla, el 40% de las de la ciudad de México y una infinidad de fincas urbanas de todo el país.

Con la ley Lerdo el gobierno procuraba beneficiarse percibiendo el impuesto que se debía pagar en todas las transacciones; además, de acuerdo con la doctrina económica liberal, trataba de promover el desarrollo del país creando un mayor número de propietarios y estimulando la circulación de la riqueza.

La nueva constitución fue proclamada el 5 de febrero de 1857, para presidir la solemne sesión de la proclama, los legisladores desarrumbaron al anciano y casi moribundo Gómez Farías.

Los empleados públicos fueron llamados a jurar la nueva constitución: si lo hacían quedaban excomulgados y si se negaban a hacerlo se les despedía de sus trabajos; la conmoción social estaba en la familia, en el hogar, en las terribles angustias del empleado, vacilando entre su deber religioso y la miseria. Eso no era lo que Comonfort había pretendido cuando hizo triunfar el Plan de Ayutla; aunque enemigo de las tiranías y partidario de las garantías individuales, le parecía absurdo crear conflictos tajantes que empujarían al clero a la rebelión y sumirían al país en la anarquía; también consideraría posible moralizar al ejército para convertirlo en guardián del orden y sostén del gobierno, y además la suspensión abrupta del fuero militar, había convertido a los hombres de armas que no se distinguían por su religiosidad en aliados del clero.

Comonfort desarrolló una actividad febril en el terreno administrativo: implantó el sistema métrico decimal, reorganizó las aduanas para que el gobierno federal recibiese más dinero, hizo impulsar la minería, el comercio y la pesca, dedicó mucho tiempo a mejorar las comunicaciones y a poner en marcha una escuela de agricultura.

Fue electo presidente en unos comicios en que participaron muy pocos votantes, el abstencionismo ya era manifiesto en el pueblo de México. El cuadragésimo octavo jefe de estado que tuvo al país en sus primeros 37 años de vida independiente, tendría como colaborador destacado a Benito Juárez; en los comicios el gobernador de Oaxaca resultó electo presidente de la Suprema Corte de Justicia, un cargo que de acuerdo con la nueva constitución, confería el doble carácter de vicepresidente; Comonfort necesitaba apoyo, aunque viniese de los puros y quiso ganárselo dando a Juárez, además de lo anterior, el nombramiento de secretario de gobernación y jefe de la policía. El período constitucional se inició el 1o. de Diciembre de 1857. Once días después de haber asumido el mandato constitucional, Comonfort dió su curioso golpe de estado: suspendió el congreso y se erigió en dictador; Juárez fue aprehendido y encarcelado en una pequeña pieza del palacio nacional; la reacción al golpe fue adversa en todo el sector liberal y hasta los moderados abandonaron a Comonfort, Doblado, Gutiérrez, Zamora y los demás gobernadores se pronunciaron en contra del gobierno; los conservadores, por su parte, temían que Comonfort entregara el gobierno.

El 11 de enero de 1858 Zuloaga derrocó a Comonfort y se instaló en la presidencia por voluntad del clero y del ejército.

Poco antes de que lo derrocaran Comonfort había puesto en libertad a Juárez; éste se trasladó a Guanajuato, sin que Zuloaga se preocupara mucho por su fuga; Doblado recibió de buen modo a Juárez en su feudo, lo reconoció como Presidente por la defección de Comonfort, pero no porque creyere que Juárez tuviera estatura suficiente para asumir el primer puesto, sino porque le resultaba útil para tener un puente constitucional cuando él Doblado, el hombre fuerte de la liga de gobernadores, asumiese la presidencia a la que creía tener derecho por encima de todos los mexicanos.

En Guanajuato, según se cuenta, la gente del pueblo comentaba "ha llegado a la ciudad un indio apellidado Juárez, que dice ser Presidente de la República". Juárez permaneció pocos días en Guanajuato; el General Anastacio Parrodi, Gobernador de Jalisco, fue declarado jefe supremo de la liga por ser el único militar entre los dirigentes y pidió

que la sede del gobierno se mudase a Guadalajara; Juárez tuvo que trasladarse allá a mediados de febrero.

Un mes después, Parrodi era derrotado en una gran batalla librada cerca de Salamanca, Guanajuato; el cacique jaliscience capituló poco después ante los conservadores, lo que automáticamente lo despojó de su calidad de nuevo presidenciable; el giro seguramente resultaba grato para Juárez, pero por otra parte Guadalajara dejó de ser terreno seguro y el presidente decidió trasladar su gobierno a la más confiable plaza de Veracruz; de Guadalajara, tras disiparse un pelotón de desleales que pretendía detenerlo, paso a Manzanillo; ahí tomó un barco hacia Panamá, el 4 de mayo desembarcó finalmente en el puerto veracruzano; el gobernador Gutiérrez Zamora no se alegró precisamente por la llegada de Juárez y el corto número de burócratas capitalinos que lo seguían ya resultaba odioso para los gobernadores, Juárez representaba la legalidad y era necesario protegerlo, pero Gutiérrez Zamora no quiso excederse en cortesías y en el discurso de bienvenida dijo a Juárez que "le brindaba hospitalidad sólo por camaradería elemental, pero su presencia en Veracruz en nada podía facilitar el triunfo de la causa".

El golpe de estado de Zuloaga marcó el comienzo de una guerra de tres años casi exactos de duración, tan calamitosa que las facciones en pugna llegaron a considerar imposible que el país fuese capaz de gobernarse así mismo y pretendieron entregarlo al extranjero, los liberales, a quienes se llamaba despectivamente chinacos, pusieron los ojos en Estados Unidos y los conservadores, apodados "mochos", sinónimo popular de hipócritas o cangrejos (para sugerir retroceso), en Europa.

Dirigieron la guerra dos facciones de la clase media: la conservadora en la que predominaban los clérigos y los militares profesionales y la liberal integrada básicamente por abogados, periodistas, burócratas cesantes, caciques y políticos estatales; ambas facciones obtenían sus soldados razos de la clase baja, reclutándolos por medio de levas; la clase alta permaneció de hecho al margen de la contienda, aunque por afinidad de intereses sus individuos tendían a conceder apoyo moral, nunca económico, a los conservadores. Los conservadores creían ciegamente que el alto clero y los militares constituían las clases más respetables de la sociedad y además de defender sus privilegios, pretendían erigir un gobierno fuerte, que pacificara al país, impusiera el orden indispensable, según ellos, para generar progreso y bienestar.

Los liberales estaban motivados por la convicción de que el caos y la miseria de México era producto exclusivamente de la avaricia del alto clero y la corrupción de los militares profesionales.

Al abandonar Guadalajara para trasladarse a Veracruz, Juárez nombró jefe de sus ejércitos a un hombrecillo enclenque y paliducho de 47 años de edad, quien durante la revolución de Ayutla había jefaturado gavillas rebeldes que operaban en Michoacán y sucesivamente había sido gobernador interino de Jalisco, Diputado constituyente y gobernador electo de Michoacán; éste era Santos Degollado, el cual era originario de Guanajuato, hijo de un español que al morir dejó a su familia en la miseria, desde muy pequeño vivió arrimado al cura del pueblo michoacano de Quiroga, con quien estaba emparentado; cuando tenía 16 años fue en busca de trabajo a Morelia y ahí gracias a su aceptable ilustración de autodidacta se colocó primero como escribiente y después como contador de la catedral. Las prédicas de Melchor Ocampo lo atrajeron al liberalismo y doctrinas que seguía con fervor tan notable que pronto cobró fama de ser una especie de santón. En la facción conservadora destacaron inicialmente dos caudillos militares jóvenes, Luis Osorio y Miguel Miramón; Osorio murió de tifo poco después de la batalla de Salamanca y de este modo el mando se concentró en Miguel Miramón, quien solo contaba 27 años al llegar al generalato; hombre altivo y de porte marcial. Miramón descendía del lado paterno de unos franceses apellidados Miramont; su padre era un viejo militar tan desafortunado que, tras 25 años de participar en cuanto cuartelazo se organizaba en el país, apenas alcanzó el grado de coronel y vivía en la miseria. El futuro caudillo conservador había participado como cadete en la guerra contra Estados Unidos; una vez graduado se distinguió como profesor del colegio militar, en la convicción de que los militares eran seres eligidos por la divina providencia pra mandar y ser obedecidos.

Fue ascendido a general de brigada por Comonfort, tan espectacular era la figura de Miramón y tan valiente porte, su comportamiento al frente del ejército, que muy pronto opacó a Zuloaga; el 1o. de enero de 1859 la junta de notables conservadores, desconoció a éste y nombró a Miramón presidente de México.

La derrota sufrida en Salamanca por el gobernador jalisciense, Parrodi, desorganizó casi por completo a los liberales del centro; Miramón debió enfrentar entonces a los norteños, a quienes capitaneaba el sombrío Santiago Vidaurri, cacique del noreste de la república; a Vidaurri se le atribuían diversos orígenes: que era comanche y en la infancia había sido adoptado por una familia mexicana; otros decían que era vasco y ocultaba su origen como protección contra la xenofobia; en realidad parece haber sido originario de Lampazos Nuevo León; como dato firme se sabe que hacia 1832, lo metieron a la cárcel por haberle cercenado una mano a un militar con quien riñó; sabía leer y escribir y gracias a esto trabajó de escribano en la cárcel; al recuperar la libertad el goberna-

dor Joaquín García le dio empleo como secretario y luego oficial mayor del gobierno estatal; aunque sus jefes, los sucesivos gobernadores, estaban afiliados al conservadurismo, Vidaurri formó un grupo liberal puro del que formaron parte notabilidades como Ignacio Zaragoza, Mariano Escobedo y Juan Zuazua; entre todos ellos derrocaron al gobernador en funciones cuando Comonfort avanzaba en su lucha contra Santa Anna, pero no se adhirieron al Plan de Ayutla, sino que proclamaron su propio plan de Monterrey, que era de corte liberal y proclamaba la soberanía a utranza de los gobiernos estatales.

Incapacitados para hacer sentir su influencia hasta el noreste del país, tanto Alvarez como Comonfort tuvieron que aceptar la alarma de Vidaurri y tolerarle atentados, como el de haber anexado por sus pistolas Coahuila a Nuevo León; cuando Juárez se proclamó Presidente, Vidaurri declaró su buena disposición para combatir a los conservadores, pero más en calidad de aliado que de subordinado presidencial; Vidaurri formó un ejército de 7,500 rancheros magníficamente equipados con rifles modernos de manufactura norteamericana; con Zuazua como comandante, los norteños tomaron San Luis Potosí y Guanajuato en julio; al saber esto Miramón avanzó contra ellos con 5,000 hombres; por motivos ignorados Vidaurri quitó el mando de sus tropas a Zauzua y se lo dió a Edward H. Jordán, uno de los diversos mercenarios norteamericanos que militaban bajo sus órdenes; a fines de septiembre Miramón derrotó a los norteños en el pueblo de Ahualulco, 50 kilómetros al noreste de San Luis Potosí; Vidaurri se retiró a Monterrey y se negó a seguir combatiendo fuera de su feudo, "que los guachos se rasquen con sus propias uñas", dijo. Esto dejó a Miramón en libertad de concertar su atención en las fuerzas de Santos Degollado; aunque los derrotaba una y otra vez, carecía de elementos para ocupar las plazas y en cuanto las desguarnecían para emprender operaciones en otros puntos, los liberales las recuperaban, en su mejor momento los conservadores sólo alcanzaron a dominar totalmente la ciudad de México y los estados de México, Puebla y San Luis Potosí y parcialmente Aguascalientes, Guanajuato, Jalisco y Zacatecas desde Veracruz, Juárez era reconocido como Presidente en el resto del territorio nacional.

Miramón ansiaba apoderarse de una aduana fronteriza marítima para quedarse con los impuestos que se recaudaban, pero la frontera sur era demasiado pobre y problemática, y al norte dominaba en gran parte por Vidaurri, resultaba sencillamente inatacable.

Desesperado, en 1859 Miramón se arriesgó a sitiar Veracruz con 6,000 hombres reclutados en el altiplano y las únicas 46 piezas de artillería que pudo reunir; el puerto estaba resguardado por 4,000 coste-

ños bien armados y acostumbrados al tórrido clima y a las enfermedades de la región, con víveres en abundancia y 160 piezas de artillería y sobre todo con la protección de San Juan de Ulúa, fortaliza inexpugnable para un ejército sin apoyo naval como el conservador. Miramón inició el sitio a mediados de marzo de 1859 y lo levantó el día 29 al convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos; mientras tanto aprovechando que la capital estaba desguarnecida, Degollado la atacó con 6,000 homrbes, pero el sanguinario general Leonardo Márquez lugarteniente de Miramón, había reunido para entonces otro ejército de 9,000 hombres y contraatacó fulminando a los liberales; el propio Degollado tuvo que huír abandonando en el campo de batalla hasta su uniforme de general, mientras Márquez celebraba el triunfo con una desenfrenada degollina de liberales o sospechosos de serlo; en represalia Degollado mandó fusilar a los oficiales conservadores que tenía prisioneros y la guerra se hizo más sanguinaria. A pesar de los reveses, Miramón no renunció a atacar nuevamente Veracruz y para allegarse fondos tomó en calidad de préstamo grandes cantidades de objetos de oro, plata y joyas destinadas al culto de las iglesias y a fines de octubre en 1859 llegó al extremo de concluír con un banquero suizo un ruinoso contrato que comprometía al gobierno a pagar la astronómica suma de quince millones de pesos, a cambio de un préstamo de 618,927 pesos en efectivo y 848,750 pesos en bonos, créditos y vestuarios para la tropa, con estos fondos Miramón compró en La Habana dos destartalados barquichuelos de 400 toneladas, que deberían cañonear Veracruz, mientras él atacaba por tierra; y así el 29 de febrero de 1860, cayó sobre el puerto con 7,000 hombres, pero las naves no alcanzaron a entrar en acción, pues Juárez las declaró piratas y mandó contra ellas a tres poderosos barcos de guerra norteamericanos, que observaron los acontecimientos desde aguas internacionales, los barquichuelos se rindieron y nuevamente Miramón tuvo que levantar el sitio; de vuelta en el altiplano en mayo, Miramón debió hacer frente a una revuelta organizada por Zuloaga para recuperar el mando, así como a ciertas maniobras que ejecutaba Márquez para desplazarlo; la falta de dinero alcanzó extremos angustiosos y Miramón impuso nuevos préstamos a los magnates conservadores y si se rehusaban a cubrirlos los metía a la cárcel, como hizo con los adinerados señores de Coridar Landa y Sánchez Navarro; como resultado surgieron serias divisiones en el bando conservador; mientras tanto los civiles que jefaturaba el ejército liberal adquirían cada vez mayor experiencia, tanto en el aspecto militar como en el de la propaganda.

En el bando liberal habían surgido nuevos caudillos; destacó entre ellos un exseminarista, poeta y periodista zacatecano de 37 años de edad, en 1859; Jesús González Ortega, era el nombre de este incipiente caudillo; aprovechando las oportunidades que le ofreció el Plan de Ayu-